

LA RESURRECCIÓN DE JESÚS

Para reflexionar acerca de la Resurrección, antes debemos acercarnos a lo que fue su fracaso ante los ojos de este mundo.

Juzgado y condenado legalmente, excomulgado por los religiosos de su pueblo, expulsado y rechazado por sus compatriotas, Jesús queda absolutamente solo en su estrepitoso fracaso. Pero hay más: Dios tampoco parece defender su causa. Hasta él lo ha abandonado.

San Marcos pone en boca del crucificado agonizante las palabras del Salmo 22: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». ¿Será verdad que Jesús no es el rostro humano de Dios? ¿Será verdad que Dios no está de parte de la causa del hombre? Exteriormente, en aquellos momentos todo parece indicar que es así.

La rebeldía de Jesús no había servido para nada. Jesús, como mucho, sería uno más de 1 hombres honrados que murieron después de haber presentado, con el texto de los salmos, su queja y protesta a Dios: «Nos haces el escarnio de nuestros vecinos...»(Sal 44)

Es el grito de los explotados, de los pobres, de los oprimidos, para los que no existe ningún futuro. Jesús hace suyo este grito de rebeldía. Pero Dios calla. Este silencio de Dios refuerza la incredulidad de los discípulos.

Sin embargo, inesperadamente las cosas cambiaron y los discípulos de Jesús siguen afirmando, aún hoy, que el crucificado vive y que cuenta con el respaldo de Dios. El crucifijo, símbolo de un hecho inicialmente desastroso para el cristianismo, ha llegado a ser signo de triunfo.

¿Qué tuvo que suceder para que se pueda hacer semejante afirmación? Los discípulos dispersos se congregaron y una especie de «explosión inicial» puso en marcha la iglesia. Se pueden citar razones religiosas, psicológicas y sociales para explicarlo, pero por sólo estas circunstancias históricas la causa de Jesús tenía muy pocas probabilidades de seguir en pie. La rotundidad del fracaso había sido evidente.

La incredulidad inicial, la obstinación, las dudas, las burlas, la resignación y el miedo no pudieron impedir esta confesión: «Dios ha resucitado a este Jesús, de lo que somos testigos todos nosotros». (Hch 2, 32). La actitud reservada y crítica que se mantiene al principio y, sobre todo, la disposición a morir si fuese preciso por mantener la verdad de esta experiencia, hablan en favor de la credibilidad de los discípulos.

Pero, ¿qué se quiere decir al afirmar que Jesús ha resucitado? ¿Qué sucedió realmente? ¿Qué sucedió históricamente? ¿Resucitó Jesús de manera efectiva y corporal? ¿Es un dato fidedigno que en la mañana del primer día de la semana se encontró vacío el sepulcro? ¿fue un suceso histórico o sólo una experiencia visionaria de los discípulos? ¿Se trata, tal vez, de un acontecimiento absolutamente mítico? La importancia de la resurrección de Jesús suscita todos estos interrogantes y otros derivados de éstos.

¿Qué significa la palabra “Resurrección”?

Es preciso eliminar primero las representaciones falsas de lo que se intenta expresar con la palabra «resurrección», referida a Jesús de Nazaret. No estará de más recordar que no se trata de una reviviscencia o retorno a la vida anterior para disfrutarla con la misma calidad que antes tuvo, y al cabo de cierto tiempo morir definitivamente, como podría ser el caso del resucitado Lázaro. Jesús no solamente vive, sino que ha sido exaltado, ya no muere más y la calidad de su vida es, valga la frase, infinita y plena.

Tampoco nos referimos a la inmortalidad del alma o a cualquier otro tipo de inmortalidad espiritual y simbólica, algo así como que Jesús vive en los que siguen su estilo de vida o en la fuerza transformadora de su palabra. Mucho menos lo concretamos a un ser inmortal por la fama o el recuerdo de los hombres. Todo lo anterior es verdad, pero lo que la fe cristiana afirma va más allá.

Lo que se atestigua es que *Jesús ha superado la muerte y la limitación de la necesidad, para vivir en la libertad con una forma de vida plena en calidad y cantidad*. Ha sido exaltado, ha ascendido a la derecha de Dios, ha sido glorificado: son otras tantas maneras de decir que ha resucitado. El es por tanto el primer nacido de entre los muertos (Col 1, 18; 1 Cor 15, 20) Y el comienzo de una nueva creación o mundo nuevo. Por lo sucedido en él, saben los hombres que sus esperanzas más profundas pueden tener y tendrán cumplimiento.

¿Es un hecho histórico?

La resurrección de Jesús no es un hecho histórico en el sentido en el que lo son otros datos de su vida terrena en Palestina. Quienes saben lo que es la investigación histórica comprenden que la resurrección, siendo lo que es, no se puede comprobar con argumentos históricos. El acontecimiento de la resurrección, como tal, no se nos describe en ninguna parte y nadie asegura haber contemplado el hecho. De lo que sí se habla es de sus consecuencias y de su proclamación.

Histórica es, sin embargo, la fe pascual de los primeros discípulos, es decir, su convicción subjetiva refrendada por su disposición a dar la vida si fuera preciso para mantener que Jesús vive. Recordemos que mártir significa «el que atestigua» y que fueron muchos los que lo hicieron a costa de su eliminación física.

Sin embargo, los apóstoles no proclamaban la resurrección del Señor como una mera convicción personal suya o como una conclusión que todos ellos habían sacado de los acontecimientos vividos, sino que la anunciaban como un acontecimiento real que le había sucedido a Jesús, y que probaba claramente que él era el Cristo. Su credo más corto queda encerrado en esta palabra: Jesucristo. Su interpretación de los hechos ha llegado hasta nosotros, pero la verdad del contenido de sus afirmaciones no podemos conocerla por métodos históricos.

Para aquellos primeros cristianos es fundamental su experiencia de fe a partir del “sepulcro vacío”. La tradición del sepulcro vacío se debió formar en Jerusalén. La predicación allí no hubiera sido posible si el cuerpo de Jesús se hubiese podido encontrar todavía en el sepulcro. Ningún adversario en polémica con los cristianos negó nunca este punto. Unos afirmarían que lo habían robado los apóstoles y otros mantendrían la teoría de que lo habrían hecho los violadores de tumbas. Además, para la antropología bíblica, cualquier forma de vida, incluso la de Jesús resucitado, implicaba la presencia del cuerpo. Sin embargo, ningún evangelista utiliza el sepulcro vacío como prueba de la resurrección de Jesús. el sepulcro es un signo o indicio que habla a todos y los invita a la fe, pero no conduce todavía a ella. La fe en la resurrección no tuvo su origen en el descubrimiento del sepulcro vacío ni en el testimonio de las mujeres, sino en las apariciones a los apóstoles.

Cualquiera que los lea con detenimiento, observará que es imposible armonizar los distintos relatos de apariciones; quizá por ser tradiciones que circulaban de forma autónoma no pueden ser unidas sin una cierta violencia literaria. Los relatos no pretenden ser una crónica periodística, sino afirmar que Jesús se ha dejado ver por sus discípulos. La palabra aparición sugiere con facilidad algo fantasmal, cuando en realidad queremos decir que los apóstoles experimentaron un encuentro con Jesús vivo después de su muerte. Ellos han tenido esta experiencia personal. ¿En qué consistió exactamente? La redacción de los evangelios nos la presenta como una presencia real y carnal de un Jesús que come, camina, dialoga e incluso es tocado por ellos. Un Jesús que lleva siempre la iniciativa. El se deja ver y a los discípulos sólo les queda el reconocerle. Aunque no podamos precisar el carácter concreto de esta experiencia, el hecho de distinguir entre los que han visto y por eso creen y aquellos que creen sin haber visto confiere a las apariciones una realidad distinta de la mera visión imaginativa o la simple experiencia interior. No es la fe de la primera comunidad la que crea o inventa la resurrección, sino la resurrección la que se encuentra en la base de esa misma fe.

¿QUE SIGNIFICA PARA NOSOTROS HOY?

Jesús posee un significado determinante para nosotros porque resucitó. La hierba no creció sobre su tumba. Si no hubiera resucitado, nuestra fe no tendría ningún contenido y seríamos los más alienados de todos los hombres. Así razona Pablo en el capítulo 15 de su primera carta a los corintios. Pero sólo por la fe podemos conocer nosotros el hecho de la resurrección.

La resurrección nos dice que el rostro de Dios que presentó Jesús es el auténtico y que efectivamente su causa es la causa del hombre y, más en concreto, la de los pobres. Así no es un sin sentido vivir y morir para los otros y para Dios, como lo hizo Jesús de Nazaret. El verdugo no triunfa sobre la víctima, ni el mal sobre el bien, ni la muerte sobre la vida.

La piedra que desecharon los constructores resultó ser la imprescindible piedra angular. El reino que no pudo concretarse por el rechazo ambiental ha tenido ya una completa realización al menos en la persona de Cristo llegado a plenitud y portador de una liberación completa y, como tal, gracia de Dios.

Es la realización de la utopía humana ahora en Jesús como primicia y luego en todos como total cumplimiento (2 Cor. 4, 14). Las más hondas aspiraciones del hombre se pueden cumplir y se cumplirán. Hay alguien que ha vencido ya la limitación humana. Un cielo nuevo y una tierra nueva en que habite la justicia son posibles (2 Pe 3, 13). El hombre conoce cuál es su meta. No la posee en la realidad todavía, pero ya la tiene en esperanza.

Por su resurrección, Jesús continúa animando entre los hombres su lucha liberadora. Todo crecimiento verdaderamente humano, todo lo que signifique auténtica justicia en las relaciones sociales, todo lo que implique aumento de vida constituye una forma de actualizar y anticipar la resurrección y de preparar su plenitud futura. **Jesús es el Cristo, el que el hombre necesita. Jesús es la palabra que da sentido a la existencia. Jesús es el único camino.**

Yo aplicaría este mensaje a la realidad de la Semana Santa y sus desfiles procesionales: ¿Puede celebrarse la Pascua del Señor, su muerte y resurrección sin participar en los actos litúrgicos, sólo participando en pasos procesionales?

No hay muerte del Señor sin Resurrección. La Pasión y Muerte del Señor no está completa sin la Resurrección. La dramatización y contemplación de la Pasión del Señor sólo encuentran su pleno sentido cuando se viven desde el gozo de la Resurrección. Al que murió en la cruz por nuestros pecados Dios lo resucitó y lo ha constituido para siempre Señor y Mesías; exaltado a la diestra de Dios, ha enviado el Espíritu prometido por el Padre. El Espíritu Santo habita ya en la Iglesia y en los corazones de los fieles.

La muerte ha sido definitivamente vencida por la vida. Si no creyéramos y celebráramos la Resurrección del Señor, que es la garantía de nuestra propia Resurrección, serían falsas nuestra predicación y nuestra fe

Por consiguiente, no puede haber Semana Santa sin celebración de la Resurrección. El Domingo de Pascua de Resurrección da sentido a cuanto recordamos en los días anteriores. Toda celebración cristiana es celebración de la Resurrección del Señor. Las salidas procesionales de Semana Santa se viven con mucho mayor sentido si se participa, activa y conscientemente en los Oficios Litúrgicos del Triduo Pascual. La liturgia tiene siempre presente la perspectiva pascual de toda la obra de la salvación. La Vigilia Pascual es la verdadera culminación de toda la Semana Santa, y debe ayudar a que manifestemos en las procesiones lo que queremos vivir en la liturgia y en la realidad de cada día. Por esto es muy importante que cada Hermandad/Cofradía ofrezca a sus miembros cauces concretos para que puedan participar en los Oficios del Triduo Pascual. Así la liturgia y las procesiones podrán recuperar la unidad que primitivamente tuvieron, y se vivirá más fuertemente el sentido cristiano que encierra para todos los creyentes la verdad de que el Crucificado murió, pero ha resucitado.

Antonio García Angulo.